

## Los Libros

«FRONTERA». Novela de *Luis Durand*

Un año después de su aparición venimos a comentar esta obra sobre la cual tanto se ha hablado y escrito. No habíamos leído la novela, ni los juicios que ha merecido fuera del de Alone y el de Mario Osses que margina interiormente las tapas del volumen.

Mejor así. Con la distancia gana la perspectiva; con el tiempo la valoración justa. Y esta última crece en contenido espiritual en la medida de nuestras vivencias y su intensidad: el caso nuestro que hemos vivido un cuarto de siglo en el Sur de Chile, grandioso escenario en que el autor coloca la acción de su relato. Privilegiada situación, pues, para seguir al novelista en su aventura.

Digamos a los extranjeros lo que es la Frontera. Los españoles de la conquista con don Pedro de Valdivia y sus sucesores avanzaron hasta el Biobío venciendo épicamente la denodada resistencia que les opusieron los homéricos indios que Ercilla cantó asombrado en la «Araucana»; pero al otro lado del río esperaba más y más la selva en su propagación austral y crecían las tribus en número, vigor y astucia; y las huestes de Castilla al fin vencieron a la raza au-

tóctona, pero sin dominarla nunca del todo. Este estado de cosas se prolongó, ya el país independiente de la Madre Patria, hasta las postrimerías del siglo XIX. Había, por tanto, al norte del gran río, una tierra conquistada, seguramente, y colonizada con invasores e inmigrantes peninsulares, y al sur una región mal domada, en constante agitación y descontento; y entre una y otra era el Biobío la «frontera». De ahí la importancia capital que la ciudad de Concepción tuvo durante la colonia. Hubo, pues, necesidad de un esfuerzo ingente y secular para incorporar real y definitivamente las comarcas del sur, la Frontera móvil como el horizonte a la nueva patria chilena. Y ellas fueron, como es obvio, teatro continuo de aventuras, fechorías, impulsos civilizadores y toda suerte de alardes de la voluntad de poderío. Frontera geográfica, frontera de razas, frontera de reacciones psicológicas. Refugio de resistencia tres veces centenaria.

He aquí un medio incomparable para tentar y probar a un novelista.

Y Luis Durand logra hacer ingresar ese ambiente único a la obra de arte, y sale así de la prueba exhibiendo una maestría excepcional. Es como si literariamente la Frontera hubiera permanecido siglos enteros indomable, hosca, pese a su incomparable y serena belleza, y de pronto un escritor de extraordinaria fuerza y astucia la conquistase sin esfuerzo para el continente y la causa de la cultura y la humanidad, con una sonrisa de vencedor generoso que no ha blandido otras armas que la simpatía y la ternura.

Para determinar bien a Durand, a su novela, a su novelística, nada más prudente que olvidar todo lo posible la retórica, la literatura, sus distingos y categorías. Hemos expuesto en nuestro breve ensayo

calcinados, nos miraba el ojo amarillo del inquisidor y un uniforme raído de requeté se confundía con los troncos oscuros.

Llegamos a Madrid con su ruido de altavoces y policías eficientes. La oreja negra de la Secreta tiembla captando susurros de bombas en Barcelona y huelgas en Bilbao; las ametralladoras se mantienen alertas y las pupilas vivaces. El pensamiento nebulosamente anarquista ya está vislumbrando cierta claridad.

Huímos a Francia, respirando con alivio sus ferrocarriles puntuales y sus obreros ferroviarios bien cuidados y con aspecto de pequeños burgueses exigentes. Llegamos a París, que nos decepciona por el cansancio, en su brillar nocturno de multitudes cosmopolitas.

En la Sorbonne, circulaban más de 2,000 psiquiatras llegados de todo el mundo. He ahí los hombres que en todas partes auscultan el tono profundo de las mentes. Sin embargo, ¿puede su dilatada experiencia individual con el sufriente, explicar en parte lo que hoy acontece al hombre como ser social? Al parecer, la respuesta es no. Se agitaron en mil problemas técnicos, en problemas de tesis antagónicas pero, nada pudieron concluir sobre el sufrir psíquico, nada pudieron aportar al problema de la neurosis colectiva a la que marcha nuestra sociedad.

En el París de hoy, despreocupado y alegre como siempre, se captan más finamente los efluvios del mal contemporáneo. Aquellas ansias de vivir el momento, aquel deseo de no enfrentar el porvenir, esos dolorosos esfuerzos por huir de la angustia presente la hacen a ésta más actual e intensa. A nadie engañan los jovenzuelos que deambulan en el Barrio Latino disfrazados de originales; a nadie engañan los intelectuales

tias, los pájaros, los típicos indumentos, los arneses de las caballerías: cuanto muestra un sello original de nacionalidad se satura de amorosa simpatía, se pone a vibrar con humana emoción siempre sostenida y caudalosa. Ternura que ha aprendido fácilmente el folklore, la lengua popular chilena, y de este modo Durand es insuperable en el diálogo de rotos y huasos y aún de la gente de la clase media. A veces tenemos la impresión de que no necesita pintar los personajes, porque ellos mismos se definen o singularizan con lo que hablan. Un idioma chileno pintoresco y lleno de picardía, de una flexibilidad y nervio sin paralelo, bajo la pluma de nuestro novelista.

Este arte exento de complicaciones literarias y con un mínimo de artificio, flúido y potente, que semeja brotar de la tierra misma sanguíneo y desenfadado, naturalista y romántico a un tiempo, donde se vuelcan tantas influencias que ninguna se nota, con lo que ofrece mayor analogía es con la literatura de la Edad Media, cuando ya formadas y adultas las lenguas romances se dieron a la espontánea labor de expresar el alma de las nuevas nacionalidades que surgieron exuberantes de vida personalísima, de las desmembradas provincias del Imperio Romano de Occidente: literatura, como se sabe, detenida en su original desarrollo por la imitación greco-latina del Renacimiento.

¿No es también «Frontera» como otras geniales obras novelescas de Hispanoamérica una tentativa pareja de Sintonizar en nuestro hemisferio, con lo vernacularmente dionisiaco de una región de vigoroso carácter propio? La improvisación, los descuidos frecuentes en la construcción artística y gramatical, uno que otro pleonasma o impropiedad, todos esos

detalles se olvidan en la corriente caudalosa del estilo que brota a impulsos de una innegable potencia creadora. Y si a esto se añade la mezcla de idealismo poético que en «Frontera» es sentimiento eglógico del paisaje y amor franciscano por gentes humildes, animales y cosas, con el realismo picaresco de diálogos y situaciones, obtenemos un conjunto que recuerda, por ejemplo, el arte de pujante vitalidad que palpita en el Libro «Del Buen Amor», de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita: típico en su impresionante mole de irregular arquitectura y en su pululación selvática. Y también no poco la prosa viril y graciosa del Conde Lucanor.

Y, sin embargo, algo actualísimo de gusto vigente, reconoce la obra de Durand: una inquietud realizadora desconocida hasta hace poco y que encuentra expresión sorprendente y admirable en la prosa de Pablo Neruda intitulada «Sobre una poesía sin pureza»: algo totalmente nuevo en que por manera paradójal resplandece el Espíritu. Ahí leemos: «La sagrada ley del Madrigal y los decretos del tacto, olfato, gusto, vista, oído, el deseo de justicia, el deseo sexual, el ruido del océano, sin excluir deliberadamente nada, sin aceptar deliberadamente nada, *la entrada en la profundidad de las cosas en un acto de arrebatado amor*, y el producto poesía manchado de palomas digitales, con huellas de dientes y hielo, roído tal vez levemente por el sudor y el uso... Y no olvidemos nunca la melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco».

Se diría un programa que Durand sin proponérselo siquiera, acaso siquiera sin conocerlo, ha llevado a cabo según su manera personalísima de elemental

sencillez y eficacia, y al realizarlo sobresale la facilidad con que provoca no sólo las sensaciones del gusto sino también nuestro apetito.

Abundan asimismo la fiesta de los colores y las formas, la primaria sensualidad de los olores sugerentes, en especial de las frondas, los trigos, los pastos, los frutos, las flores, las acertadas onomatopeyas, el variado y fino conocimiento de la flora y la fauna, las faenas de los campos trigueros allí en la región que ha sido llamada el granero de Chile, la rápida gesta de la doma de los potros, el salvaje sacrificio de la virilidad del toro, las grandes comilonas y «remoliendas» que prueban la entereza y resistencia de los hombres: la sensualidad que crece y se derrama como una marea tempestuosa en un ambiente en que la naturaleza domina de tal modo los caracteres que sólo una voluntad enérgica como la del colonizador Anselmo Mendoza, protagonista del relato, puede salvarse a medias. El certero instinto novelesco de Durand, su realismo infalible, libra siempre de todo artificio la psicología de su muchedumbre de personajes. Aun la figura semiidealizada de Isabel sucumbe a la primitiva animalidad del medio y la salva sólo su belleza que mantiene encendida la llama del amor con el héroe. Y a doña Adolfiná, el carácter más claro y simpático del libro, la escuda su edad que no obstante agita alguna vez discretamente la racha, frente a Anselmo y Belarmino, el muchacho valiente y noblote, la otra figura excelente de «esta gesta en verde», como dice Mario Osses en su acabado medallón insustituible.

Durand retrata con maestría. En este aspecto se caracteriza por la rapidez de la ejecución. Aun personajes secundarios quedan definidos en media docenas de líneas. Mostremos un ejemplo al caso: la mujer

de Lafargue (pág. 492): «una campesina normanda, de modales bruscos y hablar terminante. Seriota y regañona reprendía a los chicos mezclando las palabras francesas con un español aprendido allí, en el campo. A ratos miraba a los hombres con sus pupilas duras y su semblante terco cuando éstos decían alguna grosería y se echaba a reír con una risita metálica que cortaba en seco».

También culmina en el poder descriptivo de los movimientos: su don de observación salta rápido de un detalle a otro para pintar un asalto, una «aparta», una máquina que se echa a perder y se arregla luego, una intervención inesperada, y ciñe en páginas de antología los sugerentes intencionados giros de la «cueca». Del exceso de facilidad en esta materia resulta a veces algo «cow-boyesco» que no obstante tiene un gesto de naturalidad en la atmósfera semibárbara de la acción.

Los indios aparecen espiritualmente lejanos a pesar de su proximidad física y la prolijidad con que el autor describe sus fisonomías y sus indumentos característicos. Esto que podría estimarse un defecto, para nosotros constituye uno de los grandes aciertos de la novela. Es la «frontera» psicológica. «Os ruego no comprenderme demasiado pronto» ha dicho agudamente André Gide. Durand con su ternura, que es su gran fuerza y que lo hace único en la novelística del continente, se empeña en aproximarlos al máximo, pero lo detiene con sabiduría su criterio de no falsear la calidad, y no caer en el romanticismo postizo que se advierte por ejemplo en el genial autor de «Doña Bárbara» cuando aborda en «Sobre la misma tierra» tan bello en muchos aspectos, el problema psicológico de la mezcla de los guajiros con los criollos.

El cacique Domingo Melín campea con óptimas virtudes frecuentes entre los suyos: callado, de una lealtad a toda prueba, valiente y delicado, sobrio en su viril galantería, en alguna ocasión aparece «hierático». Y este epíteto que produce una primera impresión de algo literariamente desenfocado, nos revela de pronto otra vez la «frontera». Lo espiritualmente desconocido que anhelamos intuir «en un acto de arrebatado amor».

Estas y muchas otras ideas que por ahora no tenemos tiempo de expresar nos ha sugerido la inmersión en este mundo palpitante de vida que es «Frontera»; pero nada sino su lectura misma podría formar una imagen cabal de su poderosa seducción.—FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ.



«A NADIE DARÉ UNA DROGA MORTAL». Novela, de  
*Andrés Terbay*

El título es largo, pero el libro resulta breve.

Se trata de la novela de un médico, escrita por un médico, que irrumpe en la literatura con todo el ímpetu, la simpatía y la ingenuidad del hombre de ciencia.

Seguimos la vida de un médico joven desde el momento en que recibe su título y vamos interesándonos por los altibajos de su carrera como profesional y por sus crisis económicas y sentimentales. Una peripecia rica en episodios, que se va realizando en una narración rápida, de párrafo breve, nervioso, mantiene siempre el interés, grande ya por el mismo tema. Pues para la sociedad actual pocas cosas hay más interesantes que la medicina. El médico ha superado al